



Derechos humanos y Ciberfeminismo

¿Por qué un colectivo occidental de mujeres artistas habría de sumarse a una reivindicación a nivel de bases sobre derechos humanos intersexo? ¿Qué podemos aportar y qué podemos ganar con esta afiliación?

En 1998 el colectivo subRosa adoptó con cierta incomodidad la etiqueta “ciberfeminista” tras un debate entre los miembros del colectivo. El grupo se formó en el contexto del ambiente principalmente blanco, patriarcal y tecnofílico de una prestigiosa universidad estadounidense orientada hacia la investigación. Desde sus inicios, este colectivo se ha interesado en la producción de proyectos (discurso, obras de arte, acciones) que examinasen el impacto de las biotecnologías y de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) sobre la vida de las mujeres, sus cuerpos y su trabajo. El término “ciberfeminista”, novedoso en aquel momento, fue acuñado por feministas que trabajaban en Australia y en Europa occidental a raíz del “Manifiesto para ciborgs” de Donna Haraway.

Nuestras reservas ante este concepto provenían de nuestras percepciones y de nuestras crudas experiencias personales sobre los límites del quehacer ciberfeminista del momento. En especial pensábamos que, pese a plantear cuestiones importantes sobre autoría y acceso de las mujeres a los “ciberespacios”, y pese a su proclamación de lo que denominaban la liberadora fluidez de género en el ciberespacio, los ciberfeministas pasaban por alto el impacto y la experiencia “ciber” más allá de su propia conciencia geográfica, de raza y de clase. Tanto las TIC como las biotecnologías se apoyan en gran medida sobre la devaluación

sí

del trabajo y de la anatomía de la mujer, y este hecho por lo general estaba ausente en una gran parte del discurso ciberfeminista de la época.

Por nuestra parte, en tanto que colaboradoras feministas en plena lucha por ser escuchadas dentro de nuestro rincón privilegiado de una universidad tecnológica, y en tanto que pensadoras intergeneracionales e interraciales de diversas procedencias socioeconómicas, estábamos familiarizadas con muchos de los triunfos (mejoras en la atención sanitaria y en las oportunidades profesionales de la mujer) y errores (exclusión de las mujeres de color) de los feminismos occidentales anteriores. En última instancia aceptamos el reto de adoptar la etiqueta y contribuir al discurso. Seguimos luchando con los movimientos ciberfeministas (y feministas) en tanto que artistas, mujeres y pedagogas. No obstante, consideramos que estas luchas, así como nuestros numerosos privilegios, están íntimamente relacionados con el trabajo y con los cuerpos de muchas otras personas a quienes probablemente nunca lleguemos a conocer.

sí

El colectivo subRosa está comprometido con una afiliación feminista que contempla las diferentes categorías de corporeización como una herramienta para el cambio. Ante las desigualdades defendemos, siempre que sea posible, tácticas de anti-disciplina por encima de estrategias paliativas.

Tal y como señala Kim Hall en su crítica de *Los monólogos de la vagina*, de Eve Ensler, "...la identidad es políticamente relevante, pero no por ser una base fundacional que une a los miembros de un grupo oprimido por encima de sus diferencias. La identidad es políticamente útil en la medida en que se trata de una parcela permanentemente negociada para la desarticulación de las fuerzas históricas y culturales que han dado forma a su significado, y un ám-

bito conscientemente forjado para la lucha común contra la opresión.”¹

Hall critica el arraigo de los Monólogos en la vagina como autenticación de la condición de mujer y también cuestiona la crítica que hace la Intersex Society of North America (ISNA) sobre el modo en que esta pieza teatral enfoca el tema de la Mutilación Genital Femenina (MGF). Pone de relieve el hecho de que tanto Ensler como ISNA cuestionan la hegemonía de la masculinidad al tiempo que la reinscriben (junto a su inherente sexismo, racismo y *ableismo*, o discriminación hacia las minusvalías).

“...afrontar el proyecto de reivindicar la vagina [como lo hace la obra de Ensler] sin, al mismo tiempo, adoptar una estrategia de desidentificación con respecto a la realidad de la vagina, no supone un cuestionamiento del contexto social, político, histórico y económico que imbuye a la vagina de significado...Las categorías mujer y vagina permiten a las feministas nombrar todo lo malo que le sucede a quien es percibido como mujer y a lo que es percibido como vagina. La anatomía femenina y las mujeres son reales en cuanto que son efectos vividos del poder en una sociedad sexista, racista, clasista, *ableista*, heterosexista. La respuesta... no consiste en abandonar todas las referencias a la vagina, a la mujer o a la raza... [sino] en adoptar estrategias de resistencia que tienen un potencial para cambiar nuestra relación con el cuerpo de la mujer y con la categoría *mujer*.”² Citando, entre otros, a Monique Wittig, Judith Butler y Michel Foucault, Hall propone una “estrategia feminista *queer* de desidentificación” con la vagina. Por ejemplo, puede redefinirse la vulva como clítoris y desidentificarse de “vagina” porque es la “vaina” para el pene y el canal del parto, de modo que constituye el signo de la feminidad heterosexual normativa. Las personas que se identifican como

sí

mujer y que no tienen (o quieren tener) una vagina, pero tienen un clítoris, afirman el dimorfismo sexual.

Si la desidentificación hetero-normativa [genital] es una estrategia de resistencia ante la opresión patriarcal, ¿podrían las desidentificaciones con respecto a divisiones hegemónicas de raza y valía física ser también estrategias eficaces para el cambio?

En su ensayo “Ciberfeminismo, racismo, corporeización” Maria Fernandez señala la importancia de analizar de qué forma los cuerpos practican el racismo en situaciones sociales. “Como herramienta de validación para un orden social establecido, el racismo forma parte de nuestro legado histórico, social y cultural.”³ El racismo debe ser considerado como un conjunto de prácticas corporeizadas que no pueden ser resueltas simplemente mediante planteamientos teóricos.

sí La hibridación y el rechazo de las categorías raciales son estrategias para acabar con el racismo, pero Fernandez argumenta que no son suficientes. “Mediante el reconocimiento del poder de las prácticas corporeizadas no verbales, los ciberfeministas pueden subvertir y desplegar formas establecidas de disciplina para crear y fortalecer poderosas alianzas positivas.”⁴

En un ejemplar de la publicación *ISNA News*, Lynelle Stephani Long recuerda a los lectores que no existe mucha información disponible sobre las experiencias de individuos intersexo de color. Pregunta: “¿Por qué hay tan poca gente de color que se muestra abiertamente intersexo? ¿Por qué no hay un mayor número de activistas de color trabajando con ISNA para ayudar a poner fin a la mutilación genital?”⁵ Long vincula su lucha como mujer de color a su lucha como persona nacida intersexo, y cita la poderosa mitificación de la sexualidad negra como barrera fundamental

para la autoestima.

subRosa se alía con movimientos pro derechos humanos de individuos intersexo y cree que estos individuos deberían trabajar solidariamente contra las violaciones de derechos humanos perpetradas en función de la raza y la minusvalía.



1. Hall, Kim Q., "Queerness, Disability, and The Vagina Monologues," *Hypatia*, invierno 2005 (Bloomington). <http://proquest.umi.com/> (Número de documento: 784493211, fecha de acceso: 17 de abril de 2005).

2. *Ibid.*

3. Fernandez, Maria "Cyberfeminism, Racism, Embodiment," *Domain Errors! Cyberfeminist Practices* (Autonomedia: 2002). http://refugia.net/domainerrors/1b_cyber.html (11 de mayo de 2005).

4. *Ibid.*

5. Long, Lynnell Stephani, "Race and the Intersexed," *ISNA News*, verano 2003. <http://www.isna.org/> (12 de mayo de 2005).

sí